



INTRO. PADRE JESUS, Guadalcanal

**SEMANA SANTA  
GUADALCANAL ~ 81**

**PREGÓN  
SEMANA SANTA  
GUADALCANAL  
AÑO 1981**

**PLÁCIDO DE LA HERA  
PÉREZ-CUESTA**

## PRESENTA AL PREGONERO, ENRIQUE GÓMEZ-ÁLVAREZ SORIANO



Reverendo Sr. Cura Párroco

Dignísimas Autoridades

Hermanos Mayores y Junta de Gobierno de las Venerables Hermandades

Hermanos, Hermanas.

**E**s, para mí, una honrosa satisfacción, hacer la presentación del pregonero de nuestra Semana Santa de este año de 1981, en esta etapa tan brillante de su vida, y de la que yo diría, que comenzó el mismo día en que tomo posesión de la parroquia, nuestro estimadísimo y amadísimo párroco, don Antonio Martín Méndez. Él, supo captar desde el primer momento de su estancia entre nosotros, la final sensibilidad religioso de Guadalcanal, y sin pérdida de tiempo, poniendo en el empeño todo su corazón, comenzó el trabajo de engrandecimiento de esta obra centenaria, y que día a día, año a año, está dando sus frutos más sazonados, uno de los cuales, ha de ser este acto del Pregón que celebramos hoy.

Al pregonero, mi entrañable amigo y compañero de profesión, don Plácido de la Hera Pérez de la Cuesta, es fácil presentarlo; pero no porque su personalidad sea vulgar y sus méritos cortos, sino por todo lo contrario; porque su fuerte personalidad y sus grandes virtudes, son de todos conocidas.

Plácido, si solo fue vecino de derecho de nuestro pueblo, en su más tierna infancia, no ha dejado de visitarnos y de vivir entre nosotros siempre que la ocasión le era propicia. Primero, como niño, le recordamos corriendo nuestras calles; tras de un aro, o jugando a los bolis en el Palacio, o saltando a piola, o volando para coger buen sitio en el salto del moro, o jugando a la billarda, o a guardias y ladrones, o a tantos y tantos juegos infantiles que ya han desaparecido y a los que no juegan nuestros niños.

Más tarde, todos le recordamos, como joven simpático y locuaz, que también corría, pero ahora, no tras de un aro, sino tras una, también joven, morenita, guapa y simpática, con quien, pasado el tiempo, unió su vida en una mañana otoñal del mes de octubre. Su desde aquella mañana, virtuosa y amante esposa consiguió que sus raíces Guadalcanalenses profundizasen aún más en nuestro suelo, para que así en todas las primaveras florezca el amor a esta tierra, con pétalos de finos y hermosos colores, como estoy seguro, será la flor que hoy en forma de Pregón de Semana Santa, no regalará a todos.

No es éste; el primer Pregón que se hace para exaltar las bellezas y la profundidad de nuestra Semana Santa. El día tres de abril de 1960, hubo otro, el que pronunció, un sanitario, también, el doctor en medicina don José María Osuna, médico de Cazalla de la Sierra, a quien, desde aquí, quiero dedicar un sentido y emocionado homenaje de cariño, agradecimiento y respeto a su memoria.

Aquel primer pregón, no pude oírlo en vivo, lo escuché a través de las ondas de una emisora sevillana, en la Sala de Banderas de un cuartel de nuestra capital, donde me encontraba cumpliendo con el siempre honroso deber de servir a la Patria.

Aunque la transmisión no fue técnicamente perfecta, pude emocionarme al evocar con la imaginación, los pasajes que de nuestros desfiles procesionales, hacía don José María Osuna, con su fácil verbo. Y al oír los nombres de las personas queridas y respetadas por todos; quienes con su trabajo supieron y quisieron reconstruir lo que la incomprensión y la incultura, destrozaron en tiempos que es preferible no recordar.

El recuerdo emocionado que he querido hacer de aquel Pregón de 1960 y de su recordado pregonero, además de por las razones anteriormente expuestas, lo he rememorado, porque tengo la seguridad que quien ha inspirado el acto de hoy, ha sido el recuerdo de aquél otro de hace 21 años, y me baso para afirmarlo, en un sueño que un señor tuvo no hace muchos días, que me contó, y ahora os relato a continuación.

El mencionado señor vio en su sueño a mi querido compañero Plácido, en su oficina de farmacia en Sevilla, en una noche de guardia, quien al salir a despachar, tras insistente llamada, encontró al otro lado de la puerta a un joven rubio, de facciones perfectas y rostro iluminado con luz brillante y etérea, quien entregó una receta, para de inmediato, desaparecer en rápida ascensión, en una pequeña y blanco

nube, que en cielo claro agosteño, había surgido de súbito bajo las estrellas, y que de igual manera, desapareció.

La receta, no era la oficial del seguro, ni era la consabida cuartilla blanca; era distinta, reluciente, como de plata, en cuyo ángulo superior izquierdo, y en letras como de fuego y oro, un membrete resaltaba:

Doctor José M<sup>a</sup> Osuna. Médico. Consulta a todas horas en la eternidad.

En su cuerpo, con fina y amorosa caligrafía; despáchese para el día cinco de abril de 1981, una infinita cantidad de Bálsamo de Amor.

Composición: De Amor a Jesús, en sus advocaciones penitenciales de Guadalcanal, un millón de partes.

De amor a María Dolorosa, Angustiada y en su Soledad, un millón de partes.

De amor a Jesús Sacramentado, en el Jueves Santo de Guadalcanal y del mundo entero, un millón de partes.

De amor a todos los hombres, un millón de partes.

Más abajo, el reglamentario: Mézclese y hágase según arte.

Firma: Ilegible.

Plácido, según el vidente, tardó mucho tiempo en levantar los ojos de tan maravillosa fórmula magistral, y aturdido ante tan complicada receta, buscó en la rebotica de su alma, para ver si tenía todos aquellos extraños ingredientes, y sí, los encontró en cantidad suficiente, que aún le sobraron, pues sus existencias de amor son tan grandes, que no se les agotaron.

En ese mismo instante, comenzó el trabajo: Mezcló uno a uno los componentes prescritos, y de su unión salió el Bálsamo de Amor, prescrito en forma de Pregón, que dentro de unos momentos escucharemos de sus propios labios.

Y terminó de hacer la receta rescrita por el doctor, con su arte, porque quizás, no todos los aquí presente sabéis, que nuestro pregonero de hoy, en un primoroso artista, exquisito pintor y dibujante, por lo que estoy seguro, que habrá sabido dar a su obra pregonera, a su receta de amor, la pincelada justa, la luz clara y radiante de nuestra primavera andaluz, en unos pasajes, para que otros, captar fielmente, la sombra azul plateada de nuestra noches iluminadas por las estrellas. Y combinar los colores más bellos de su paleta, para terminar el cuadro perfecto de nuestra Semana Mayor, con el centro siempre ocupado con alguna de las imágenes de nuestros Cristos en su Pasión y Muerte, o con la figura siempre tierna de su Amantísima Madre, y Madre nuestra, en los momentos de su mayor dolor.

Con nosotros, el farmacéutico, el pintor, el pregonero de nuestra Semana Santa de 1981.

Enrique Gómez-Álvarez Soriano



## PREGON DE SEMANA SANTA DE GUADALCANAL

5 de abril de 1,981

PLÁCIDO DE LA HERA PÉREZ-CUESTA

**A**ntes de comenzar, mi reconocimiento al Presentador que de forma tan elogiosa me ha calificado. Yo estoy seguro de que es su sincero cariño, más que la realidad quien le ha dictado su presentación.

Y ahora, al oír su fácil y sentida palabra, he pensado que, para que las cosas estuviesen como deberían de estar, habría sido mejor que fuese, él, el Pregonero, y yo, cómo mucho, su Presentador.

Sr. Cura Párroco, Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las Hermandades, Excmo. Sr. Alcalde y demás Autoridades presentes, paisanos, amigos todos:

Cuando a finales del verano pasado, D. Antonio, este Sacerdote entusiasta y emprendedor, todo corazón y generosidad, me hizo el encargo, de acuerdo con las Hermandades de Penitencia, de dar el Pregón de nuestra Semana

Santa, sentí, ¿cómo no había de sentirlo?, un enorme orgullo y una gran responsabilidad.

Porque nadie es profeta en su tierra. Y, sin embargo, si se confiaba en mí, yo no podía fallar. Lo pensé durante un tiempo. Soy consciente de que no soy un orador experimentado. En las pocas charlas que llevo dadas, nunca busqué el aplauso fácil. He dicho siempre lo que sentía y cómo lo sentía. Jamás intenté engañar a los oyentes.

Hoy desearía que el cofrade, el antiguo Hermano mayor, la madre del joven nazareno, todos los hombres y mujeres de buena voluntad, comprendamos un poco más y un poco mejor, el gran misterio de la Pasión y muerte de Jesús de Nazaret a través de lo que para Guadalcanal significan, los días grandes de su Semana Mayor.

Si mis pobres palabras sirven para eso, estaré pagado. Y en ello confío porque siempre fue nuestra tierra, tierra de creencias muy hondas y muy firmes, tierra Mariana, tierra de gentes con los pies en el suelo y los ojos en el Cielo. Gentes que, en lo más hondo de nuestro corazón sabemos confiar en la Virgen de Guaditoca que es, además de guapa y sevillana, Patrona excelsa de Guadalcanal, Madre que sufre y que ama, que nos comprende y que nos perdona.

Yo sé bien que no nos hemos reunido aquí para hablar de la Virgen bendita de Guaditoca. Tendréis que perdonar a este Pregonero que no haya sabido, ni querido, comenzar su humilde Pregón sin proclamar, a las cuatro esquinas del viento, su amor y su cariño por nuestra Patrona. Tendréis que perdonar a este Pregonero, que no haya sabido, ni querido, comenzar su humilde Pregón sin resaltar que es la Virgen de Guaditoca, al fin y al cabo, la que va a acompañar a su Hijo a lo largo de toda su penosa y terrible Pasión, la que más va a sufrir y la que va a escuchar, desde su Trono de estrellas, allá en su Ermita, con más complacencia, nuestros olés, nuestros piropos y nuestras oraciones.

Y no sé por qué extraña concatenación del pensamiento, esos aplausos, esos piropos y esa dignidad de María en el sufrimiento, me traen a la memoria, la labor callada y oculta de los costaleros.

Y ésta, hasta el extremo, de que la Semana Santa de Guadalcanal tiene, para mí, dos figuras fundamentales: de un lado Cristo, del otro el costalero. Ese hombre que, más que por afán de lucro, se hace costalero por amor.

Los Capataces de las distintas Cuadrillas, los costaleros mismos, sabéis que no miento. Vosotros mejor que nadie sabéis que cuando comienza la Semana Santa, lleváis ya a vuestras espaldas, muchas horas de ensayo. Horas de esfuerzo y de sacrificio que van a transformarse en esplendorosa realidad, cuando, el día grande de vuestra Procesión, el Paso se estremece al compás de la música mecido

por el viento, cómo por arte de una magia desconocida; la magia del ritmo, el esfuerzo y el fervor de los costaleros.

A mí me atrae sobremanera estar muy atento cuando, al grito del Capataz, los costaleros acoplan su duro cuerpo a las trabajaderas del Paso, tensan sus músculos y dan el tirón terrible que despega el Paso del suelo y lo eleva hacia el Cielo, con sus hachones o varales temblando. Para mí que, en ese supremo momento, el costalero se ha convertido, automáticamente, en un nuevo Cirineo que ayuda a Jesús a llevar, por las calles de nuestro y querido pueblo de Guadalcanal, la pesada carga de la Cruz de nuestros pecados.

Hace muy pocos años vi en un Bar del pueblo, a un hombre con una octavilla de papel entre las manos. El vaso de vino estaba intacto ante él y me pregunté, intrigado, qué estaría leyendo con tanta concentración. Me situé disimuladamente, de forma que pudiese verlo. Era un verso al pie de una fotografía de Cristo con la Cruz a cuestas, y sólo pude leer un par de estrofas, Decían así:

"Vamos a llevar mi Dios,  
Esa Cruz entre los dos."

Aquella noche, cuando a mitad del recorrido de vuelta de una de nuestras Procesiones, me acerqué a escuchar la voz del Capataz que pedía a sus costaleros que se preparasen para volver a izar el Paso, vi al hombre del Bar allí abajo entre sus compañeros y me pareció que estaba agotado. Me fui detrás, hasta el próximo descanso y mirando por los respiraderos, alcancé a oír cómo el compañero que iba codo a codo con él, le recriminaba: "¡sal fuera de una vez, sal fuera y descansa! ¿No ves que te vas a matar aquí dentro?"

Le imaginé vibrando en su alma la última saeta de Antonio Gil que apenas pudo escuchar, cuando el Paso subía penosamente calle arriba, le miré directamente a los ojos y le supe sostenido por la voz vibrante del Capataz, llenos los oídos de ¡olé!, de piropos, de oraciones y de aplausos, borracho de amor, de cansancio y de Fe. Y supe que aguantaría.

"Vamos a llevar mi Dios,  
Esa Cruz entre los dos."

"¡Sal fuera a descansar, que te vas a matar aquí dentro, compañero!"

Y ¿sabéis lo que contestó?: "¿es que hay mejor muerte que ésta, delante de mi Virgen... y a los pies de mi Cristo?"

Esta es la grandeza de los hombres de esta tierra. Este su genio, su coraje y su valentía. ¿Es qué alguien pensó, que podía ser de otra manera?

A ellos pues; a Jesús por derecho propio, y a su Cirineo, el costalero anónimo, va dedicado mi Pregón.

Pregón de Semana Santa en Guadalcanal. Cerrad los ojos por un instante y vamos a trasladarnos, por ese extraño poder de la imaginación, a la esplendorosa mañana del Domingo de Ramos. Esa, quiera Dios que soleada mañana, en que Jesús, montado en una humilde borriquita, camina mansamente hacia la muerte, elegida en libertad. Va rodeado de esa bandada de chiquillos, blanco y azul alboroto, capullos en flor de nazarenos, promesa esperanzada de nuestras Cofradías, que forman la primera Hermandad de nuestra Semana Mayor. Esa Hermandad que, fundada por nuestro Cura Párroco, está sacando adelante Pepe Cote Galván junto con un grupo de jóvenes entusiastas, a base de generosidad y de corazón. Creo que se están ganando, bien a pulso, que los padres de todos esos niños, que acompañan a Cristo en su entrada triunfal en Jerusalén, les ayuden.

Y para explicar el por qué se están ganando con crece esa ayuda, me vais a permitir que ponga en mi boca, aquellos versos que una vez oí de labios del Dr. Belmonte, hermano del añorado torero Juan Belmonte y gran Pregonero de la Semana Santa sevillana. Decían así:

Revuelo, infantil revuelo.  
Donde se agitan las palmas  
Cómo palomas del cielo.  
Cómo suspiros de almas  
Que, gozosas, llevan tras de sí  
A una humilde borriquita,  
Mientras la voz de Dios nos grita:  
¡Dejad que los niños se acerquen a Mí!

Esto es, sencillamente, lo que la Junta de Gobierno de la Hermandad de la Borriquita, está haciendo con los niños de Guadalcanal: acercarlos a Cristo. Y si hay aún a quien esto no le parece suficiente, sería entonces conveniente recordar que es ese mismo Jesús, que camina entre niños, con la mano dulcemente abierta en un gesto de bendición, el que hace ya veinte siglos, nos dijo a todos que lo que hacemos con esos pequeños, a Él mismo se lo estamos haciendo.

Bien, y ¿qué hace, que está haciendo Guadalcanal por sus hijos? Contestaré a esta pregunta con otra: ¿cómo creéis que ha sido posible que se funde la Hermandad del Costalero? El paso de niño a hombre es largo y penoso. Poco a poco, muchas veces, se van olvidando los rezos y las devociones... pero la semilla de Dios, la lucecita de la Fe, jamás dejó de calentar nuestro corazón. Y un día, de repente, sin saber bien el cómo ni el por qué, la llama cobra fuerza y un sueño, tal vez largo tiempo acariciado, se convierte en realidad.



Realidad espléndida la de ésta nueva Hermandad que borrando de un golpe años de olvido, vuelve a poner en nuestras calles a la más antigua de nuestras Imágenes: Cristo sentado en la Peña, con el manto púrpura sobre sus hombros, majestuoso e impresionante en su serena y callada humildad, sobre un Paso que José Muñoz Rincón, Antonio Muñoz y Manuel Criado, tres carpinteros de Guadalcanal, han construido con mucha más arte y con mucho más cariño que ningún forastero, y sin cobrar ni un solo céntimo.

Yo estoy seguro de que cuando este año le vea pasar, rodeado de sus Cirineos, los costaleros, se van a agolpar en mi memoria, mis recuerdos de niño.

Aquel correr de esquina en esquina, de uno de los balcones de la casa de mi padrino Manuel Fontán, al balcón de unos amigos, dos calles más abajo, o más arriba, para ver pasar a la Verónica, portando la Santa Faz.

Aquellas saetas que una mujer rubia cantaba con voz de oro, desde el balcón central de la casa de las hermanas Caballero, allá en mitad de la calle Santa Clara.

Aquel ver, cómo la pandilla de zagalones intentábamos colarnos en el zaguán de algún Hermano Mayor, durante el refrigerio que daba a sus cofrades, para pescar sencillamente, algún dulce; un rosco, un pestiño o una flor, toda recubierta de azúcar...

Y voy a recordar, con especial cariño, el día grande, emocionante, en que, vistiendo la túnica de mi Hermandad de los Blancos, acompañaba por el pueblo, a mí Cristo Crucificado.

Cuando era niño, veía la Semana Santa con ojos de niño. Y ahora, entre la nostalgia del ayer que no volveré, y el peso del presente, cuando ya hace mucho tiempo que dejé de ser un niño y soy un hombre, veo y siento la Semana Santa como hombre.

Tal vez han cambiado ciertas cosas. Ya no sale la Verónica y en mis oídos ha vuelto a retumbar la blasfemia cómo un salivazo en la cara de Dios. ¡Pero no ha muerto la Saeta que sigue rasgando la noche como un canto del dolor del hombre por la muerte de Cristo! Y veo también, gracias a Dios, el mismo respeto de los ancianos, el mismo entusiasmo de los niños y el mismo fervor de las gentes de buena voluntad.

Sí. Bendito de Dios, el pueblo que, por encima de los avatares de la vida, ha sabido conservar en sus hijos, la Fe de sus mayores. Aquéllos que escribieron antaño sus nombres con letras de oro en la Historia de nuestras Cofradía, son los mismos que trajeron a Guadalcanal un Cristo y una Virgen tallados por Castillo Lastrucci para sustituir a aquéllas otras bellísimas imágenes de Martínez Montañés

que la ignorancia y el odio, destruyeron sin darse cuenta de que se puede destrozarse una Imagen por muy bella que sea. ¡Pero no se puede destruir la Fe, ni arrancar la esperanza del corazón del hombre!

Me estoy refiriendo, ya lo habréis adivinado, a las dos imágenes señeras que forman la Cofradía de la Santa Hermandad de la Vera Cruz. Esa Hermandad que, con Pepe Rivero Yanes al frente, respaldado por la familia Rius, que respaldó también a muchos Hermanos Mayores que le precedieron en el cargo y que seguirán respaldando a quienes le sucedan, conscientes de la categoría de sus Imágenes para ir, año tras año, superándose en un esfuerzo sostenido de generación en generación, admirable y sincero.

Y merece la pena. Fijaos, si no, el rostro de Cristo y en sus divinas manos atadas a una columna de plata. Hace un par de años, la revista que Rafael Rodríguez y un puñado de guadalcanalenses sacan adelante con muy pocos medios y mucha ilusión, publicó unos versos dedicados a Cristo amarrado a la Columna que me hicieron sentirle muy cerca ya de su hora suprema. Y quiero recordarlos aquí, no ya por su valor literario, con ser bueno, sino por lo que, quien los escribiera, tuvo que sentir al escribirlos:

"Que Tú triste mirada en mi se pose.  
Aunque al mirarme me siente avergonzado,  
me conforta Señor que Tú me mires.  
¡Pues con ello me siento perdonado!".

Cristo atado a la Columna, cuando pasa majestuoso y solemne, por el barrio de Santa Ana, con el pueblo entero a sus pies, me recuerda aquel momento en que Pilatos le presenta a los judíos como un hombre roto, acorralado, deshecho... "Ecce Homo", "He aquí al Hombre". Yo creo que Pilatos se equivocó. Debió de decir: "Ecce Deus". "He aquí a Dios".

Porque nunca me ha parecido Cristo más Dios que en ese terrible momento en que se presenta a los hombres humillado y vencido y el hombre, en su ceguera, cree que puede echarle de su corazón y matarle para siempre. A ÉL, a Dios que puede, con un sólo gesto, con un sólo pensamiento, humanamente hablando, derribar eternamente a quienes le martirizan.

Pero... si tal hiciera, ¿qué clase de amor sería su Amor? ¿Sería amor del bueno?, ¿o sería de esa otra clase de amor que hoy está tan de moda, ese amor que se quiebra al primer envite de la vida; amor que llevamos en la boca, pero no en las entrañas? Flor de un día que se ofrece al primero que quiera cogerla y que envilece y enloda a quien lo da y a quien lo recibe.

No, ese no es el Amor de Jesús amarrado a la Columna, cuando en la anochecida del Jueves Santo, al pié de la iglesia de Santa Ana, formando con ella un

cuadro de inigualable belleza, posa en el pueblo su mirada triste y amorosísima, llena de sufrimiento sí, pero cargada también de perdón y de cariño.

Y vamos así, paso a paso, bajo la mirada serena de Cristo, adentrándonos en los misterios incomprensibles de de su Vía Crucis.

Casi sin darnos cuenta la Semana Santa se nos va pasando hasta que los relojes, que marcan inexorables el tiempo de nuestra vida, señalan las cinco de la madrugada del Viernes Santo. Ese instante en que parece cómo si las agujas no se atreviesen a seguir adelante, cómo si estuviesen esperando a que las puertas de nuestra Santa Iglesia Parroquial se abran y la Cruz de Guía de Nuestro Padre Jesús y María Santísima de la Amargura, salga a la calle.

La noche lo envuelve todo y el silencio estremece, mientras una fila impresionante de nazarenos, con túnicas moradas, en perfecto orden, va saliendo lentamente del Templo. Y de repente, en una visión sobrenatural, fantasmagórica, aparece ante nuestros ojos, cómo un ascua de luz hirviendo entre cuatro faroles de gran belleza, Nuestro Padre Jesús, el Nazareno.

Ángel Rivero, y con él la gran familia de los Rivero, han trabajado duramente todo el año con una Fe que les aglutina, que les marca y que les dignifica para alcanzar este momento.

Madrugada del Viernes Santo en Guadalcanal; noche impregnada de un aroma de incienso y azahar. Todas las calles del pueblo son calles de dolor y de silencio. Tras las celosías, los guadalcanalenses todos, sin distinción de credo ni de ideologías, ven pasar esa larga hilera de cirios temblorosos. Quizás nadie ha sido capaz de quedarse entre las sábanas... es que esté pasando Nuestro Padre Jesús. Esa Imagen bendita de Cristo vencido y lleno sin embargo de su gran poder:

"¿Por qué en Tu rostro el dolor?  
¿Por qué crispadas Tus manos?  
¿Por qué, Rey soberano,  
te vas cayendo, Señor?  
  
Si yo no lo puedo creer,  
¡Si yo creerlo no quiero...!  
¡Que sólo un tosco madero,  
¡Pueda con tu gran poder!

Silencio, contened vuestro aliento. Por arte y gracia especialísima de sus Hermanos Costaleros, nuestro Padre Jesús está pasando. Silencio pues, ¡ten cuidado, Capataz! ¡Que no se hiera, que no se caiga otra vez, que ya cayó Cristo tres veces! Que no se roce, silencio...

Más, ¿qué es aquel aletear cómo de mariposas encendidas? Aquel Trono de luces que, allá a lo lejos se viene adentrando en nuestra calle: María Santísima de la Amargura acompañada de esa Imagen maravillosa que el artista labró, arrebatado por la Fe y la compasión.

¿Y no oís ahora, cuando ya la tenemos más cerca y acertamos a distinguir sus perfiles, cómo si una flor se estuviese abriendo al rocío de la mañana que comienza a despuntar? No parece, sino que San Juan hablase en un susurro y María escuchara, desde su inconsolable dolor al discípulo amado. ¿Qué le estará diciendo al cobijo de esas doce columnas como varales de nardos?:

Eres Señora, clavel que al viento  
Su aroma expande.  
Eres tan bella y hermosa,  
Que gozo con poder mirarte.  
Eres mi estrella y mi guía.  
Consuelo de mis temores,  
Alivio de mis dolores,  
Y de mi pena alegría.  
Y es, Señora, lo que te quiero ¡tanto!,  
Que pañuelo ser quisiera,  
¡Para secar tú llanto!

Y, sin embargo, a pesar de las apariencias, a mi se me antoja que es María, la que va consolando al discípulo. Porque es verdad que son las mujeres, muchas veces, más fuertes que los hombres. Al paso de Cristo con la Cruz a cuestas por las calles de Jerusalén, es una mujer la que se atreve a romper la fila de soldados romanos de escolta para enjugar el rostro Divino. La mirada de gratitud del Señor, se debió clavar en el alma de aquella sencilla mujer del pueblo, cómo algo que jamás se puede ya borrar de sus recuerdos por muchos años que viviera.

Y no es ella sola, El Evangelio nos habla también de María de Cleofás, Salomé, madre de Juan y de Santiago el mayor, y de María de Magdala, que fueron fieles hasta el final, hasta más allá de la muerte, mientras que los hombres, hasta el mismo Pedro que desenvainó la espada en la triste noche del prendimiento, allá en el Huerto de los Olivos, retroceden, Y es aún ese mismo Pedro, la Roca firme sobre la que Cristo edificaría su Iglesia, quien le llega a negar tres veces para tener luego, cuando canta el gallo, que llorar amargamente su desamor y su cobardía.

Y llegamos ya, al momento culminante de nuestra Semana Santa; el momento en que Cristo va, definitivamente, a pagar con su muerte el precio de nuestra redención. En/los designios de Dios, era necesario que el Hijo muriera por

la salvación del hombre. Algo tendrá, algo tendremos los hombres, cuando todo un Dios derrama su sangre por nosotros. O, tal vez no tenemos nada y es su infinito Amor el que hace posible el misterio de la Salvación. De cualquier manera, resulta extraño la importancia que los hombres damos a las cosas pequeñas y con qué apresuramiento pasamos, como de puntillas, sin querer mirarlas, por las cosas que merecen la pena.

La muerte de Cristo, para los historiadores de aquella época, apenas se merece estas pocas líneas:

"En la provincia romana de Syria, el año décimo séptimo del reinado de Tiberio, fue condenado a muerte de cruz, y ejecutada la sentencia sobre las tres de la tarde del día catorce del mes de Nisán, un hombre al que muchos comenzaban a llamar el Cristo, que quiere decir, el Enviado de Dios."

El catorce de Nisán, lo sitúan los investigadores modernos, sobre el siete de abril de nuestro calendario, Se ha podido saber, con toda precisión, que aquel día fue viernes y que, sobre las tres de la tarde, el Emperador Tiberio descansaba de sus deberes de Estado, en su Villa de Capri, muy cerca de Roma, frente al mar Mediterráneo.

Y de repente el Sol dejó de brillar. El Cielo entero se cubre de tinieblas, se hace la noche y las aguas del tranquilo Mediterráneo se encrespan levantando olas gigantescas. Un viento huracanado y gélido que viene del Este, desde Palestina, hiela los huesos del anciano y prudente Emperador de Roma.

Nadie jamás, pudo encontrar una explicación para aquel extraño fenómeno de la Naturaleza que cubrió el mundo entero de tinieblas.

Los adivinos, los agoreros, las pitonisas de Roma sólo acertaron a decir que algo, muy triste y muy grave, había tenido que suceder para la Humanidad, en aquel preciso momento. Pero a nadie se le ocurrió relacionar aquello con el hecho de que un hombre, de unos treinta y tres años, en una de las lejanas colinas que rodean a la ciudad Santa de los judíos, acababa de expirar crucificado.

El hecho más terrible, salvífico y trascendente de toda la Historia, ha pasado desapercibido para los hombres de su época.

Han de pasar casi veinte siglos, hasta 1,888 concretamente, para que, en un pueblecito, perdido cómo un pañuelo blanco en las gargantas de Sierra Morena, allá en el Sur de España, un grupo de cristianos logre fundar una Hermandad de Penitencia que tenga por norte y por gula la Imagen de un Cristo crucificado. Hermandad que toma por nombre el de Santísima Cofradía de las Tres Horas.

De entonces acá, años de esfuerzo, de constante y paciente labor, de esperanzas soñadas, de ilusiones, de sinsabores... Y este año de Gracia de 1,981, casi un siglo después de aquella efeméride, por fin, el año de las grandes realizaciones. Así el Santísimo Cristo de las Aguas ve concluida la talla de la canastilla de su Paso; Nuestra Señora de los Dolores, que le acompaña procesionalmente, estrena, cómo estrenan siempre alguna cosa las demás Hermandades de Guadalcanal, respiraderos, juego de varaes de palio y candelería en alpaca plateada y plata; y la Hermandad alcanza un lugar propio bajo los techos de nuestra Parroquia.

Permitid a este Pregonero de la Semana Santa, y por tanto de todas las Hermandades de Penitencia de Guadalcanal, que, cómo sencillo hermano de los Blancos, se haya sentido orgulloso al relatar breve y sucintamente todos estos méritos y que felicite de corazón a Antonio Yanes, a Plácido Cate, a toda la Junta de Gobierno y a los casi doscientos cincuenta hermanos de la Cofradía.

Pero había este humilde Pregonero de no pertenecer esta Cofradía, e igualmente habría de reconocer que, en el momento en que Dios extiende sus brazos en la Cruz, se han abierto, de par en par para el hombre, las Puertas del Cielo.

Cuando en el medio día del Viernes Santo, el Cristo bendito de las Aguas, va remontando penosamente la cuesta de la Avenida de los Mártires, a la vera de los jardines del Palacio, para enfilarse, ya de regreso, la Plaza de España, he pensado muchas veces en aquella frase que pronunciaron sus labios, amoratados ya por el estertor de la muerte, humedecidos por una esponja empapada en vinagre: **"Padre; perdónalos, porque no saben lo que hacen."**

Es evidente que sus verdugos sabían que estaban matando a un inocente, pero no alcanzaron a comprender la magnitud de su crimen.

Y es terrible darse cuenta de que, cuando nosotros le crucificamos día a día, nuevamente, si que sabemos lo que estamos haciendo...

Por esto es por lo que la Imagen bendita de la Virgen que le acompaña, no podía llamarse más que como se llama: Nuestra Señora de los Dolores. ¿Puede haber Virgen más hermosa, ni más serrana, ni más bonita que esa que lleva por nombre, nada más ni nada menos, que el sevillanísimo nombre de Dolores?

Su mirada, fija en su Hijo que marcha delante de Ella procesionalmente, es una dolorosa mirada de interrogación. No puede comprender por qué se lo han matado y todas las fibras de su alma Inmaculada se rompen. Es cómo un vivir sin sentir la vida, cómo un morir sin sentir la muerte. ¿Acaso no era su Hijo el más Santo, el más bueno, el mejor de los hombres nacidos de mujer?:

"¿Quién te ha clavado, Señor,  
en ese tosco madero?  
¿Quién sin piedad te colgó,  
divino y manso Cordero?

No llores, Madre de dolor vencida.  
Dolorosa y dolorida,  
¡Virgen de mis amores!  
¡¡Señora de nuestros Dolores!!

Hermanos de la Hermandad de las Tres Horas y guadalcanalenses todos, yo os digo que, si alguna vez, los enemigos de Dios volviesen a quitar a Cristo Crucificado de nuestros Edificios públicos, de nuestras Escuelas, de nuestras calles y nuestras plazas, e incluso de nuestros hogares, ¡Si volviesen alguna vez a incendiar nuestros Templos, a expulsar a nuestros Sacerdotes, incluso a mofarse de Dios!, yo os digo y os repito que allí donde un cristiano valiente de Guadalcanal fuese capaz de arañar con sus uñas, una pobre y tosca Cruz en una pared cualquiera en cualquier esquina, ¡¡allí estará representado nuestro Cristo bendito de las Aguas!!

Cristo ha muerto. Todo está consumado. Cuando José de Arimatea y José de Nicodemo, descienden el cuerpo ya inerte de la Cruz, me gusta imaginar que es Guadalcanal entero, el que acude a recoger a ese Cristo yacente y, con una delicadeza y un cariño infinitos, le toma amorosamente en sus brazos y le deposita en una urna de cristal, sabiendo que no es verdad lo que nuestra razón y nuestros ojos nos están diciendo, sino lo que nos dice nuestra Fe. Aquel hombre está muerto, si. Pero nosotros vamos a esperar su Resurrección porque es Dios.

Y todos nos agrupamos entonces en torno a la Hermandad del Santísimo Cristo del Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad. Por eso, en su desfile penitencial, concurren todas las demás Hermandades de Guadalcanal, en inigualable acto de veneración y de respeto, llenos de dolor y de esperanza.

Todos sabemos del mimo, del celo de los Hermanos de la Soledad. Todos sabemos cómo, desde hace cuatrocientos años que se fundó, los Hermanos Mayores tienen a gala, como lo tiene hoy a gala Antonio Nogales, el ser capaces "de todo" por su Virgen.

Y en verdad que no hay palabras para describir lo que el corazón del hombre, siente ante la amarga soledad de la Virgen. Es esa misma Virgen de Guaditoca, que tan alegremente celebramos en nuestra Romería a su Ermita, la que ha visto cumplida en sí misma, la antigua profecía: **"A ti, mujer, siete espadas de dolor, te atravesarán el corazón."**

Si, María ha visto nacer a su Hijo sin tener nada de lo que todas las madres del mundo tienen por muy humilde que sea su hogar. Ni siquiera un lecho donde reposar su cabeza, ni apenas un poco de agua con que lavar aquel cuerpecito, querido y Divino, aterido de frío. Le ha visto pasar por la vida haciendo el bien y recibiendo a cambio todo el daño que es posible hacer a Dios. Le ha visto martirizado, escupido, ofendido hasta más allá de lo humano. Ridiculizado en su grandeza, en su ternura, en su amor. Ha sido obligado a cargar con la Cruz donde iba a ser clavado vivo, crucificado a martillazos.

¿Imagináis cuál es la clase de muerte de un crucificado? Poco a poco, recién izada la Cruz, los músculos se van desgarrando, las articulaciones de los huesos se resquebrajan, la mente se va embotando dominada por un dolor insoportable. El mismo peso del cuerpo va arrancando los brazos del reo, desencajándolos. Dicen los especialistas que, al contraerse el diafragma, un hipo agónico presiona hacia arriba, hasta que cada latido del corazón, hasta que la respiración misma, se convierten en un martirio imposible. Al poco tiempo el cuerpo todo, suspendido en el aire, sujeto por los clavos de las manos, se convierte en una pura yaga viva, en una piltrafa agonizante. Y poco después de pasadas tres horas, expira.

Esa fue, exactamente, sin añadir nada, la muerte de Dios. ¡Qué pena y qué vergüenza, lo que hemos hecho los hombres! No es de extrañar que nuestra querida Virgen de Guadaluca, se nos haya ido convirtiendo, paso a paso, golpetazo a golpetazo, sufrimiento a sufrimiento, en la Virgen de la Soledad.

Cuando ya anochecido, la Hermandad del Santo Sepulcro va a hacer su entrada en el Templo de Santa María de la Asunción, encuentra en la Plaza, esperándole, a todo el pueblo, en la cálida noche abriñena, para dar el último adiós a la Virgen, a la que hemos acompañado a lo largo de toda nuestra Semana Mayor.

Nunca cómo entonces van a sentirse más hermanados todos los hijos de Guadalcanal, los presentes y los ausentes. Aquéllos que no pudieron venir desde lejanas ciudades a acompañar a la Virgen de la Soledad. Aquéllos también que duermen ya el sueño de los justos pero que viven; cómo los emigrantes, en el recuerdo y en el corazón de sus seres queridos. Todos estamos de alguna manera allí, hermanados porque todos somos hijos de la misma Madre bendita.

Nunca cómo entonces van a sonar mejor las marchas procesionales, ni van a trabajar con más cariño, ni mejor, los costaleros, ni van a sentirse más nazarenos todos los cofrades de Guadalcanal.

Yo quisiera decirle a María, Virgen de la Soledad, que no está sola. No, no estás sola, Soledad. En esta noche de la despedida, cada cual quiere dedicarte su propia plegaria. Mientras vas entrando en el Templo y las lágrimas se saltan sin querer, todos los sentires más hondos de los guadalcanalenses te acompañan.



Como si el susurro del viento de la serranía se convirtiese en oración que revolotea sobre nuestras cabezas, se transforma en un estallido de amor, se enreda en las flores de azahar de los naranjos para, perfumada, depositarte al fin dulcemente a los pies de tu trono, ¡Virgen bendita de la Soledad!

Después las puertas de la Iglesia se cierran, la inmensa tragedia ya está cumplida. Y todavía queda en el ambiente como un susurro o un suspiro estremecido, mientras que en el interior del Templo todo es quietud y silencio... y el duende de amor de Guadalcanal se queda allí dentro entre los Pasos. Va a dormir su sueño de redención hasta otra Semana Santa, pero aún antes camina entre las distintas capillas, se para aquí y allá y al fin, mirando a la Virgen de la Soledad, plasma en poesía, en versos que aprendió de nosotros y que retumban en las altas bóvedas, todo el sentir del corazón de Guadalcanal:

"La noche ya te ha cubierto.  
Sola en tu dolor te escondes.  
Sólo se escucha tu nombre.  
  
Y en la densa oscuridad,  
Del cielo el eco responde:  
¡¡Que guapa estás, Soledad!!

¿Quien puede ahora esperar hasta el Domingo de Resurrección? Aquéllos que no quieren reconocer el Amor de Dios, tal vez puedan. Para ellos es un domingo más, un día de simple descanso, cómo otro cualquiera. ¡Pero no para los que creemos en Él! No para los que sabemos que no fue suficiente una terrible lanzada en el costado, en mitad del corazón, ni una losa terrible sellando el Santo Sepulcro, ni una escolta de soldados de vigilancia.

No se dormían en misiones cómo aquella los legionarios de Roma, ni se puede, con los medios de aquella época, levantar una losa sepulcral sin partirla en pedazos y sin que nadie lo advierta. Sólo el poder de Dios puede lo que los hombres no pueden... Sí, Cristo vive. Se quiera creer o no, Cristo, Hombre y Dios, vive eternamente en la Gloria del Padre. Son muchos los que le vieron ya resucitado. Muchos los que le tocaron cómo Tomás, el discípulo incrédulo y, delante de muchos, asciende en cuerpo y alma a los Cielos.

Emmanuel, esa palabra que algunos han querido convertir en el símbolo de la pornografía más sucia y más innoble, quiere decir: **Dios con nosotros**. Cuerpo y sangre de Dios Hombre en el Santísimo Sacramento del Altar.

Por esto era importante que la Hermandad Sacramental de Cristo Resucitado, volviese a salir a la calle en la mañana del Domingo de Resurrección. Para gritarnos que Cristo vive y que, desde el fondo de nuestras conciencias, sigue llamándonos: **"Venid a mi los que sufrís, los pobres, los mansos de corazón,**

**los que tenéis hambre y sed, los que padecéis persecución por causa de mi nombre, los enfermos, los afligidos, venid a Mí.... porque seréis Bienaventurados."**

No se trataba pues, de sacar una procesión más o menos a la calle. Se trataba de que, con la Borriquita primero, y con el Resucitado después, quedaba completado, en nuestra Semana Santa, el ciclo todo de la redención del hombre.

Así lo entendía D. Antonio cuando habló conmigo, recién llegado a Guadalcanal, sin más credenciales que su condición de Sacerdote, sin más capital que su entusiasmo, sólo con una sotana negra y las ideas muy claras en un corazón muy ardiente. Fijo entre ceja y ceja aquel verso que leí en un bar en manos de un costalero:

**"Vamos a llevar mi Dios, esa Cruz entre los dos"...** y encenderé así, todos los caminos de la Tierra, con el fuego de Cristo que llevo en el corazón.

Se podrá estar de acuerdo con él, unas veces sí y otras no, como hombre que es, pero todos tenemos con él una deuda de gratitud por haber vuelto a dar nueva vida a nuestra Semana Santa, a nuestros Cristos y a nuestras Vírgenes dolorosas.

Yo quiero, por eso y por otras muchas razones que no hacen al caso ahora, decirle aquí públicamente, que no espere de nosotros felicitaciones, palmadas en el hombro, ni halagos, ni parabienes. Somos un pueblo duro que ha vivido y ha sufrido mucho, un pueblo clavado a la tierra, azotado por todos los vientos y todas las tormentas.

Por ello, a lo largo de los siglos, hemos aprendido a ser sobrios. ¡Pero no desagradecidos!

D. Antonio, hoy, en señal de respeto y gratitud, de cariño e incluso de admiración por su obra, todo el pueblo le dice por mi boca, sencillamente, gracias.

Nada más me queda por añadir. Ha llegado a su final este Pregón humilde y sentido. Otros vendrán en años venideros, que superarán con mucho mis palabras. Otros Pregoneros vendrán de mayor calidad, que den brillantez y esplendor a nuestra querida Semana Santa y un mayor sentido cristiano, si cabe, a los hombres que la forjáis.

Pero en cariño sincero, no me superarán. En eso habrá, como yo muchos, pero no mejores.

He dicho.

Plácido de la Hera y Pérez-Cuesta.  
SEMANA SANTA DE GUADALCANAL.



Alberto de la Hera y Antonio Martín Méndez en el momento en el que el párroco le entrega la placa conmemorativa del Pregón.